

¿Amor al mapache? Autoetnografía y ética ambiental de *Procyon lotor*

José María Filgueiras Nodar*

Resumen

Esta autoetnografía hace un recorrido de mis relaciones con los mapaches (*Procyon lotor*), que van desde un interés puramente estético a una apreciación que toma en cuenta consideraciones ecológicas y éticas. Tras presentar algunos aspectos metodológicos de la autoetnografía y un par de ejemplos de su aplicación, la exposición inicia en la década de 1970, contando las primeras ocasiones en que me encontré con los mapaches en el zoológico de Madrid (España) y continúa con los avistamientos llevados a cabo en Huatulco (México) durante los años 2014-2015 y desde 2017 hasta la fecha, tratando de relacionar la narración con temas que rebasen el contenido autobiográfico, del modo exigido por la práctica de la autoetnografía. El texto finaliza con unas reflexiones que conectan lo expuesto con la idea rortiana de 'ampliación del círculo de las lealtades morales'.

Palabras clave: mapaches, Huatulco, Richard Rorty, ética experimental.

Recibido: 30 de abril de 2021

Abstract

This autoethnography makes a journey of my relationships with raccoons (*Procyon lotor*), ranging from pure aesthetics interests to an appreciation that takes into account ecological and ethical considerations. After presenting some methodological aspects of autoethnography and a couple of examples of its application, the exhibition begins in the 1970s, recounting the first occasions when I met raccoons in the Madrid Zoo (Spain) and continues with the sightings carried out in Huatulco (Mexico) during the years 2014-2015 and from 2017 to date, trying to relate the narration with themes that go beyond the autobiographical content, in the way required by the practice of autoethnography. The text ends with some reflections that connect the foregoing with the Rortyan idea of the 'expanding circle of moral loyalties'.

Key words: raccoons, Huatulco, Richard Rorty, experimental ethics.

Aceptado: 15 de julio de 2021.

Instituto de Turismo, Universidad del Mar campus Huatulco. Ciudad Universitaria, La Crucecita, Huatulco 70989, Oaxaca, México.

*Autor de correspondencia: jofilg@huatulco.umar.mx

Introducción

Una de las definiciones más aceptadas de la autoetnografía, de la cual partiré en este artículo, es la de Carolyn Ellis (2008: 48), quien la caracteriza como “la investigación etnográfica, escritura, historia y método que conecta lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político [de manera que] En la autoetnografía, la vida del investigador se convierte en una parte consciente de lo que es estudiado”. Se trata, así, de “un método que combina los propósitos, las técnicas y las teorías de la investigación social –principalmente la etnografía– con los propósitos, las técnicas y las teorías asociadas con los géneros de escritura de la vida, especialmente la autobiografía, las memorias y el ensayo personal” (Manning & Adams 2015: 189).

La autoetnografía no es sólo autobiografía, sino que parece exigir el establecimiento de un diálogo con otras áreas de la ciencia social o con temas culturales en sentido amplio. Por eso, a lo largo de la exposición, trataré de ir entretejiendo lo biográfico con lo cultural y lo social (en el caso de este texto, también con algunos temas de historia natural y ecología) para darle esa perspectiva que considero uno de los puntos clave para desarrollar una autoetnografía fiel a su propia especificidad epistemológica en el campo de las ciencias sociales.

Aunque la autoetnografía es una metodología que no se encuentra libre de polémica (el grado de cuestionamiento va creciendo de forma directamente proporcional al nivel de lo que para no complicar la discusión denominaré ‘positivismo’) en la actualidad su uso es ampliamente aceptado por las y los científicos sociales, y de ese hecho partiré en la exposición que sigue. Por su proximidad al tema aquí tratado, destacan textos como el de Lanka (2018), quien construye una

original “autoetnografía”, situándose en el punto de vista de una mariposa monarca (*Danaus plexippus*), para exponer en primer lugar el hábitat de esta especie, así como la migración multigeneracional que lleva a cabo desde Canadá y el norte de los Estados Unidos hasta California o México. También trata los problemas causados por el cambio climático y la deforestación, así como el riesgo que representa para esta especie la agricultura industrial y su dependencia del uso de agroquímicos como el peligroso glifosato. Señala asimismo otra gran amenaza que pone en riesgo la continuidad de la especie: el descenso de la fertilidad del suelo, requisito básico para que el algodoncillo, principal alimento de las mariposas monarca y, además, la única planta en que esta especie deja sus huevos, crezca de forma abundante, algo que es obstaculizado por los cambios en el uso de las tierras agrícolas, en las cuales se ha pasado a cultivar cosechas modificadas genéticamente, en especial maíz y soya. El escrito termina con una discusión acerca del impacto que la regulación ambiental puede tener en la supervivencia de las mariposas monarca.

Windhorst (2016) elabora una autoetnografía de la relación del autor con la naturaleza, que inicia analizando sus primeros recuerdos como niño pequeño en un parque cercano a su casa, y durante su infancia, con la construcción junto a sus amigos de una “casita del árbol”, mostrando en ambos casos su gran intimidad con la naturaleza. Esta cercanía se perderá al llegar la adolescencia, cuando comienza a sentir un fuerte interés por la ciencia natural, que desarrolla en la Universidad y en sus primeros empleos. Una serie de dudas o conflictos existenciales suscitados por la actividad científica, los cuales ya había comenzado a percibir en el período anterior, y el hallazgo de un libro

del pionero de la ecopsicología Theodore Roszak, que cuestiona el mecanicismo y objetivismo de la ciencia moderna y culpa a ésta de la crisis ecológica, lo llevan a realizar en sí mismo un experimento de reconexión con la naturaleza. Durante tal experimento, sufre una transformación que da comienzo al desarrollo de un 'yo ecológico', el concepto propuesto por Arne Naess para un yo que se expande incluyendo a elementos del medio ambiente, o a la totalidad del planeta, dentro de su propia identidad. Esto hace que sienta de una forma más intensa su conexión con la naturaleza, lo cual le lleva a reorganizar toda su vida en ese sentido. Pero también le acarrea un dolor más fuerte ante cualquier proceso que dañe la naturaleza.

El presente ensayo muestra una gran cercanía, en cuanto a sus intenciones, con el de Fix *et al.* (2019), quienes utilizan "la autoetnografía como un método para explorar las relaciones profundamente significativas, afectivas y recíprocas con y acerca de los humanos, los animales no humanos y sus interacciones". En efecto, el artículo de Fix *et al.* proporciona tres autoetnografías que parten de la misma idea: la necesidad de incorporar los fundamentos cosmológicos del conocimiento ecológico tradicional (CET) de los pueblos originarios para desarrollar lo que los autores denominan 'pensamiento inter-especies como concepto colaborativo'. Los autores entienden el carácter colaborativo del CET como una invitación para que quienes no pertenecen a los pueblos originarios puedan observar el modo en que éstos entienden el conocimiento y cómo dichas concepciones inciden en la gobernanza ambiental, invitación que preserva la soberanía de dichos pueblos sobre sus propios asuntos, alejando la amenaza de una aproximación extractivista o que imponga una sola Verdad. Con respecto al pensamiento

inter-especies, lo entienden como reconocer seriamente la posibilidad de un mundo en el que los humanos no son el objeto dominante de cualquier análisis, considerando, por tanto, los intereses de las demás especies en un plano de similar relevancia. Cada uno de los autores explora esta idea desde su particular perspectiva en su propia autoetnografía.

En este escrito, narrar mis observaciones de los mapaches, algo que como se verá tiene mucho de autobiográfico pero muy poco de científico, servirá para apreciar cómo fui construyendo empíricamente gran parte de mi conocimiento "intuitivo", el cual luego se perfilará con referencias (éstas ya fieles al carácter integrador o dialógico de la autoetnografía) a cuestiones sociales, culturales, de historia natural, etc. Sin embargo, el elemento que da sentido a todo el escrito es la ética ambiental, que permea dichas referencias y que, en mi opinión, es lo que acaba convirtiendo este texto en una auténtica autoetnografía.

En este sentido, podría evocar el enfoque experimental de la ética de Appiah (2008), o al menos una variante ligeramente modificada del mismo, como una justificación para el texto. Si la ética puede o incluso debe tomar datos de muchas ciencias, me parece legítimo que la ética ambiental tome sus datos de una metodología muy consolidada en el terreno de las ciencias sociales, como es la autoetnografía. Ese espíritu inspira sin duda la narración de todo lo que enseguida comenzaré a exponer.

Mapaches de Madrid

La primera vez que vi un mapache fue en el zoológico de Madrid (España). Yo tendría como ocho o nueve años, todo lo más. Por aquel entonces, a finales de la década de 1970, no tenía el mismo grado de

preocupación moral que tengo hoy acerca de los zoológicos: a la manera en que escribía en prosa Monsieur Jourdain, yo era especieísta sin saberlo. Este solo recuerdo me hace pensar en el largo camino que he recorrido, por el cual todavía circulo, a través del mundo de lo que podríamos llamar "el ecologismo". En efecto, muchos miembros de la Generación X tuvimos que desarrollar nuestra conciencia ambiental, algunos prácticamente desde cero, en un proceso bastante parecido al desarrollo de nuestras habilidades con las computadoras (porque nosotros estuvimos lejos de ser "nativos digitales"). Ello constituiría, sin duda, un tema interesante para otra autoetnografía, pero por ahora tendrá que quedar aparcado.

No sé por qué me fascinaron los mapaches desde la primera vez que los vi, ya digo que era muy niño, pero sí recuerdo que fue amor a primera vista. Mis primas madrileñas hablaban casi siempre de sus antifaces, y es cierto que ese rasgo es algo icónico y bien puede explicar parte del carisma de esta especie, probablemente porque lo hace semejante en algunos aspectos al ser humano. Esto ha sido tratado por muchos otros autores, pero yo recordaré a Richard Rorty (1979: 189) quien, en el contexto de una discusión de la compatibilidad del ataque sellarsiano al "Mito de lo Dado" con el mantenimiento de algunas intuiciones morales muy comunes, hablaba de "esa especie de sentimiento de comunidad que nos une con cualquier cosa humanoide", sentimiento del cual se derivan las prohibiciones de dañar a esa cosa. Más adelante, habrá ocasión de referirnos al papel que desempeñan los sentimientos en el pensamiento moral de Rorty; por ahora quiero mostrar en qué medida el mapache es un animal "humanoide" en el sentido subrayado por este autor.

El mapache tiene varias características que lo hacen muy parecido a nuestra especie en el nivel simbólico, como la posibilidad de caminar parado a dos patas o, a mi juicio todavía más relevante, su "mano": los mapaches son muy conocidos por la similitud con la mano humana de sus zarpas delanteras, las cuales manejan con extraordinaria habilidad. En dichas zarpas, de acuerdo con Holmgren (1990), el dedo que ocupa la posición de nuestro pulgar está también un poco bajo con respecto a los otros dedos, permitiéndole cierto grado de oposición frente a éstos, no tanto como sucede con los humanos pero suficiente para agarrar muchas cosas de un modo sorprendentemente parecido, algo a lo cual contribuye el hecho de que el dedo exterior también se ubica en una posición ligeramente más baja.

Según Holmgren (1990), esas zarpas llamaron la atención de todos los pueblos que tuvieron contacto con los mapaches. Referencias a las mismas, y a las conductas que llevan a cabo con ellas, se encuentran detrás de los nombres que recibe el animal en los idiomas de diversos pueblos originarios y, posteriormente, a través del contacto con éstos, también en las lenguas europeas. Así, la palabra inglesa 'raccoon' suele considerarse derivada del algonquino 'arakun', cuyo significado es "el que rasca con sus manos" (Bluett & Craven 1999: 1). En el caso del español, "mapache" se deriva del náhuatl: de acuerdo con García Frazier (2006: 80) proviene de la palabra 'mapachi', "de maitl, ma-mano y de patlactic, pachiaplanado", mientras que Castro (1962: 208) considera que deriva de "mapachtli", que puede traducirse como "el que toma, aprieta, con las manos"¹. Este último añade a las ya mencionadas una lista de lenguas de diversos pueblos originarios, en las cuales el nombre del mapache se relaciona con la palabra que designa a la mano².

Muy relacionado con ésta se halla uno de los comportamientos más característicos del mapache, el lavar la comida antes de comerla. Se trata de una conducta muy reconocida, a juzgar por la cantidad de veces que aparece en los nombres comunes de muchas lenguas (p. ej. en francés *raton laveur* y en alemán *Waschbär* u "oso lavador") e incluso en el propio nombre científico de la especie, *Procyon lotor*, que lo acerca a los perros, ya que *Procyon* puede traducirse como "antes del perro" o "perro temprano", pero también recalca el comportamiento que destacamos aquí, pues el epíteto *lotor* significa "lavador".

Zeveloff (2002) señala que el primer nombre científico que se dio al mapache, aparecido en una publicación de John Ray de 1693, fue *Vulpi affinis americana*, el cual lo aproximaba a los zorros. Posteriormente, Carlos Linneo lo denominó *Ursus cauda elongata*, emparentándolo con los osos, en la segunda edición de su *Systema Naturae* (1740). Debido a las descripciones de los mapaches proporcionadas por su estudiante Peter Kalm tras los viajes que hizo a Norteamérica, Linneo cambió el nombre a *Ursus Lotor*, tal y como aparece en la décima edición de dicha obra. En 1780, Gottlieb Conrad Christian Storr ubicó al mapache en un género propio, que denominó *Procyon*. Al respecto, Zeveloff (2002) señala que, aunque hoy día se considera que el mapache proviene de unos

miembros de la rama de los perros del orden Carnivora de hace 25 millones de años, en los tiempos de Storr nada se sabía acerca de este origen. "El prefijo latino pro [...] puede tener varios significados, incluyendo «antes», «para», «tal como», «como». Por tanto, puede haberse referido a las maneras perrunas del mapache o quizá sólo estaba sugiriendo que era lo suficientemente diferente de los osos como para merecer su propio género" (Zeveloff 2002: 6). No obstante, a pesar de este cambio de nombre genérico, Storr conserva el epíteto *lotor*.

Georges Buffon, quien estudió de primera mano a los mapaches, pues tuvo consigo durante más de un año a una hembra junto con sus cachorros en el Museo de Historia Natural de París, pudo observar en numerosas ocasiones el comportamiento de "lavar" la comida. Tal y como explica Holmgren (1990), Buffon se dio cuenta de que los mapaches nunca lavaban las comidas jugosas (fuesen fruta o carne) sino solamente los alimentos secos y duros, y propuso que tal comportamiento podría deberse a que no producían mucha saliva. Hoy día se ha descartado esa conjetura, pero todavía estamos lejos de saber qué causa la que es una de las conductas más llamativas de los mapaches. Al respecto, se han propuesto varias hipótesis, entre ellas que "este comportamiento sirva para ablandar los alimentos

¹ "No debe extrañarnos que los antiguos mexicanos hayan derivado su nombre del verbo mapachoa, que significa «coger», «asir con la mano». Este verbo presenta dos morfemas, ma- de maitl «mano» y pachoa «apretar». Así, mapachtli resulta ser el alusivo nombre del simpático ladrón de huevos, «el que toma, aprieta, con las manos»" (Castro 1962: 208).

² Holmgren (1990: 157-160) presenta una lista con más de 60 nombres en diversas lenguas originarias de toda América, y muy especialmente del área norteamericana, categorizados según su significado: nombres que se refieren a sus zarpas, a su cara, nombres que implican magia, que lo acercan al perro, etc. Sería muy interesante complementar esta lista con los nombres en las lenguas de Mesoamérica; por poner algunos algunos ejemplos referidos a lenguas oaxaqueñas, al mapache se le llama *mbowüip* en *ombeayüits* o huave de San Mateo del Mar (Stairs & Scharfe 1981: 416); *quix'oo* en amuzgo de San Pedro Amuzgos (Stewart *et al.* 2000: 333); *kuxee'* en chatino de la zona alta (Pride & Pride 2010: 310); *ami'* en chontal de San Pedro Huamelula (O' Connor 2014: 188), curiosamente la palabra también se utiliza para el tejón; *ticojo* en mazateco de Chiquihuitlán (Jamieson 1996: 213); *ma'an* en mixteco de Yosondúa (Beaty *et al.* 2012: 120); *ga'na'* en zapoteco del Istmo (Pickett & cols. 2013: 81); y *xbanyoj* en zapoteco de San Bartolomé Zoogocho (Long & Cruz 2000: 367).

y eliminar la suciedad y la arena que son duras para los dientes del animal" (Norris & Sells 2004: 1) o que "manipulan su comida en el agua para tener una mayor sensación táctil" (Zaveloff 2002: 7). Holmgren (1990: 24) señala que "también se hallan involucradas las preferencias individuales. Algunos mapaches remojan casi todo, sea duro o suave, mientras que otros casi no remojan nada". También resulta curioso darse cuenta de que siguen "lavando" la comida, frotándola entre sus zarpas, incluso cuando no hay agua cerca; he podido ver el movimiento en un video y ayuda a entender por qué se la considera una 'actividad de vacío', es decir, "el nombre que dio Lorenz a los comportamientos que se activan sin razón aparente, «en el vacío»" (Dewey 2018). De todos modos, probablemente Bluett & Craven (1999) tengan razón cuando afirman que "hasta ahora, sólo los mapaches saben por qué «lavan» su comida".

La siguiente característica humanizadora del mapache es el ya mencionado "antifaz" de pelo oscuro alrededor de sus ojos (Fig. 1), acerca del cual se especula que puede facilitar su visión nocturna y reducir los destellos cuando, como es usual, buscan comida cerca del agua (véase p.ej. Zaveloff 2002: 63) y que simbólicamente lo acerca mucho a cierta imagen popular del ladrón, al menos en la cultura occidental. Esta imagen de ladrón enmascarado que encarna el mapache no es, a mi juicio, la de un delincuente sádico que amarra a sus víctimas a una silla y las tortura para que revelen la clave de la caja fuerte, sino de un artista del robo capaz de sorprendernos con su habilidad y su inteligencia a la hora de conseguir sus fines, todo ello sin que nadie salga lastimado. En ese sentido, se parece a algunas figuras salidas de los tebeos y tiras cómicas de nuestra infancia: mucho más a un ladrón de Francisco



Figura 1. Primer plano de un mapache, con el "antifaz" de pelo oscuro alrededor de sus ojos (Fotografía: María Angélica Piñón González).

Ibáñez que a uno de Quentin Tarantino.

Unamos el antifaz con el poder pararse en dos patas y con la posesión de una "mano" muy semejante a la humana a ese nivel en el cual alguien puede considerar que una ballena es un pez sin preocuparse demasiado por lo que diga la ciencia (mano con la que además el mapache "lava" su comida, como cualquier persona bien educada) y tenemos los ingredientes de una caracterización antropomórfica capaz de dotar de un gran carisma a este animal. Significativamente, las consideraciones antropomórficas aparecen ya en los primeros cronistas de la Nueva España. Bernardino de Sahagún (1981: 16), uno de los primeros europeos que se toparon con el mapache, habla de un "animalejo que llaman mapachtli [el cual] tiene las manos y los pies como persona". Y añade: "Algunas veces anda en dos pies como persona, y otras veces a cuatro pies como animal; hurta cuanto halla, por ser así ladrón, y por tener manos de persona le llaman "mapachtli" (Sahagún 1981: 16).

Con cierta vergüenza, debo decir también que, pese a todo ese carisma y a todas

esas características (dicho en lenguaje rortiano) "humanoides" de los mapaches, nunca protesté porque estuvieran encerrados en el zoológico; ni siquiera me pareció raro o antinatural. Por otro lado, jamás fui más allá de las consideraciones estéticas³. Estéticas desde la perspectiva de un niño que no llegaba a los dos lustros: los mapaches, simplemente, eran "muy bonitos". Y año con año, regresábamos a Madrid e iba con mi familia al zoo, donde me quedaba fascinado con aquellos bonitos animales.

Durante la redacción de este artículo, leí que se han vuelto un grave problema en Madrid y otros muchos lugares de la geografía española (García *et al.* 2012, Ferrero 2019). En otras zonas de Europa, la situación con esta especie invasora es todavía peor (Salgado 2018), como sucede en Alemania, el primer país europeo donde fueron introducidos, a finales de la década de 1920. Resulta muy triste que ahora se esté luchando contra los descendientes de mapaches que se introdujeron para la obtención de piel o como mascotas, dos usos absolutamente prescindibles. Habría mucho más que hablar sobre la responsabilidad en estos casos, y también sobre los modos de establecer una posible convivencia entre los mapaches y los animales humanos, pero ahora es tiempo de pasar al siguiente epígrafe, que se corresponde con otra fase de mi vida, en la cual vine a vivir a un lugar donde la presencia de los mapaches es constante.

Mapaches de Huatulco

Llegué a Huatulco (Oaxaca, México) en 2007 pero, debido sobre todo a mis horarios de trabajo, pasé mucho tiempo sin ver a ningún mapache. De casualidad, a fines

de 2013 me encontré con uno cuando fui a tirar la basura y, a partir de entonces, comencé a buscarlos de manera intencional. Consagré muchas noches a esta tarea, especialmente durante 2014 y 2015, hasta que una serie de motivos personales me impidieron seguir haciéndolo. Desde 2017, cuando regresé a Huatulco tras un periodo sabático, aunque ya no he podido buscarlos con tanta dedicación, sí tuve algunos avistamientos más. Fiel al ya mencionado espíritu de la autoetnografía, en las siguientes páginas trataré de exponer mis recuerdos de todos estos avistamientos, pero, siempre que sea posible, poniéndolos en relación con temas de mayor calado social o ecológico, a fin de no limitar la exposición al material meramente autobiográfico.

Con el único fin de dar un poco de orden a la narración, he elaborado un mapa donde ubico mis principales observaciones a lo largo de todos estos años (Fig. 2). Como fácilmente se podrá apreciar al seguir leyendo, son observaciones sin ninguna pretensión sistemática: no anoté datos que resultarían imprescindibles para un naturalista, como la fecha y hora, el número de individuos, si eran machos o hembras, etc. Aunque en alguna ocasión tomé notas acerca de lo que estaba viendo, se trata de las notas que puede tomar una persona interesada en la ética ambiental, más que en la Zoología. Sin embargo, los lugares que aparecen en el mapa son los correctos, y se trata únicamente de avistamientos de mapaches. Digo esto último porque en Huatulco es posible tener contacto con una fauna muy variada: en los mismos recorridos nocturnos que aquí narro, o en otras muchas ocasiones, he podido ver un puercoespín (*Sphiggurus*

³ Merece la pena hacer referencia aquí a las reflexiones de Marta Tafalla (2013), para quien existen ocasiones en que el maltrato a los animales se debe a la fascinación estética que ejercen sobre nosotros. El caso de los zoológicos ilustra con gran claridad la tesis de esta autora.

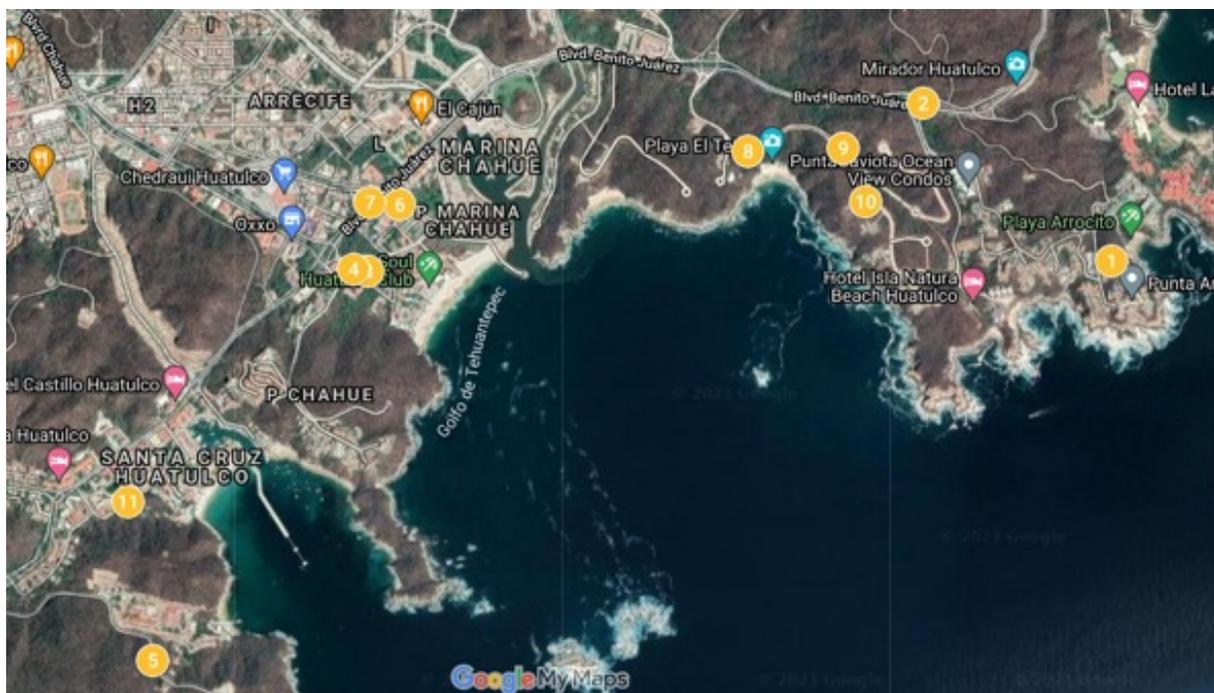


Figura 2. Puntos de avistamiento de mapaches en Huatulco (Fuente: Elaboración propia utilizando Google MyMaps).

mexicanus), un zorrillo de espalda blanca (*Conepatus leuconotus*), algunos armadillos (*Dasypus novemcinctus*) y una gran cantidad de coatíes (*Nasua narica*), aquí denominados "tejones", los cuales, en ciertas circunstancias, podrían ser confundidos con los mapaches. Por eso aclaro que las observaciones incluidas en el mapa lo son únicamente de éstos. Los casos que, a causa sobre todo de la iluminación, pudieran suscitar alguna duda, han sido excluidos del mapa. También dejé fuera múltiples observaciones en las cuales no pasó nada demasiado significativo (generalmente mapaches vistos en la orilla del camino, que desaparecían en la selva en cuanto se daban cuenta de mi presencia).

Antes de detallar lo visto en cada punto,

quisiera exponer un par de consideraciones generales. La primera de ellas es que todos los avistamientos fueron nocturnos; únicamente el caso señalado en el punto 11, el cual como se verá es bastante particular, se realizó poco antes del amanecer. Esto es plenamente coherente con los hábitos del mapache, que suele dormir de día y buscar comida por las noches, pero también con mis propios hábitos, pues sólo podía salir a buscarlos en horario nocturno, debido a mi trabajo.

La segunda consideración es que los avistamientos se desarrollaron en un área bastante amplia de Huatulco: la distancia entre los dos puntos extremos de mi mapa es de casi 4 km en línea recta. Y si no es una distancia mayor, creo que se debe más

⁴ En el caso de los tejones, he visto personalmente varias veces este comportamiento. En un paseo por las inmediaciones del faro de Huatulco, vi a una pareja alimentando a un tejón durante un buen rato. Lo mismo sucede en la cumbre del Tepozteco, en el estado de Morelos, donde los coatíes parecen estar esperando a quienes llegan para pedirles comida. En nuestra universidad, fue muy destacada la aparición de un gran grupo de estos animales en las mesas exteriores del comedor, donde convivían amistosamente con las personas que allí se encontraban. Sin embargo, nunca me ha tocado ver a un mapache haciendo nada parecido y, aun a pesar de esta anécdota que me han contado, lo que infero de mi propia experiencia con estos animales es que son mucho más huidizos y desconfiados que los tejones.

a mi *modus operandi* que a otra cosa; en este sentido, considero que, si hubiera buscado por otros sitios, habría encontrado más. Por ejemplo, hacia el oriente del mapa, en la playa de Pescadores, cercana a la zona hotelera de Tangolunda, una colega me contó que había encontrado un grupo de mapaches, los cuales además se comportaron de forma muy amistosa, acercándose en busca de comida hasta donde ella se encontraba⁴. Con respecto al occidente, es lógico pensar que también los haya, dado que en esa dirección se encuentra el Parque Nacional Huatulco, un área natural protegida en la cual existe constancia de la presencia de mapaches (CONANP 2003). Todo ello parece confirmar, con muy poco margen de duda, que los mapaches están presentes fuera del área de mis observaciones. Al respecto, sería muy interesante un ejercicio de ciencia ciudadana que organizase los avistamientos realizados por muchas personas, similar a los que se llevan a cabo en diversos sitios web (como p. ej. www.naturalista.mx). Otro aspecto interesante, sin duda, sería el cálculo de la densidad de población de mapaches en Huatulco⁵. Al respecto, en la literatura se puede leer que tal densidad es más elevada en entornos urbanos que rurales⁶, y esa podría ser una hipótesis

para contrastar, a través de una comparación de lo que sucede en las zonas urbanas de Huatulco con las áreas rurales de los alrededores, y también con las zonas de protección y uso restringido del Parque Nacional Huatulco.

La tercera consideración es que he visto mapaches en lugares relativamente des poblados, pero también en zonas plenamente urbanas (destaca el punto 6, mapaches que viven frente a una discoteca, ignoro si quejándose del escándalo que cada fin de semana hacen los vecinos). Una vez más, resulta coherente con lo que dice la literatura acerca de este animal, que subraya su capacidad de adaptación a los entornos urbanos. Este punto lleva sin duda a reflexionar sobre las bases que fundamentan la relación humano-mapache. Si bien mucha gente los observa con deleite y hasta los admira, hay quienes, también con razón⁷, los consideran una plaga. Por último, hay animales humanos que los ven como objetos susceptibles de producir piel o como fuentes de proteína. Se trata, como fácilmente puede apreciarse, de un abanico muy variado de relaciones, ya que suscitan muchas preguntas, por ejemplo, acerca de los valores que las sustentan. Un buen primer paso podría ser el llevar a cabo estudios “de imagen”, desde una

⁵ Gehrt *et al.* (2002) utilizan los índices de mapaches atropellados a nivel estatal para analizar la evolución a largo plazo de estos mamíferos en Illinois. Parece una metodología interesante, al menos para un lego en la materia como el que esto escribe, sin conocimientos suficientes para criticarla. Eso sí, algo que quiero decir es que nunca, en todos estos años, he visto un solo mapache atropellado. Sí he visto a muchos tlacuaches, que es una de las especies más atropelladas, en parte debido al odio irracional que por ella sienten muchos animales humanos, también a un par de tejones (no muchos) e incluso a un armadillo, pero nunca a un mapache. Desconozco la razón de que esto sea así, especialmente después de haber leído que los atropellos matan más mapaches que todos sus depredadores naturales juntos (Kern 2012). Probablemente, un aspecto a tener en cuenta sea la relativamente escasa magnitud del tráfico automovilístico en muchas zonas de Huatulco, así como la presencia de numerosos espacios todavía no colonizados por la urbanización.

⁶ “Las densidades de los mapaches pueden alcanzar 30 o 40 individuos por milla cuadrada en áreas rurales y más de 100 por milla cuadrada en áreas urbanas y suburbanas” (Curtis & Sullivan 2001).

⁷ Los mapaches amenazan las cosechas; también son capaces de robar comida dentro de las casas (aunque las puertas estén cerradas), pueden transmitir diversas enfermedades a las mascotas y a los propios animales humanos, e incluso defecan en las albercas, una conducta que en la vida silvestre les sirve para ocultar su presencia, pero que obviamente suele resultar muy molesta para los propietarios de albercas. En los lugares en que son introducidos, representan un grave peligro para las especies autóctonas. Además, pueden ser extremadamente agresivos.

perspectiva semejante a la mercadotecnia.

Dicho esto, pasaré ya a exponer con cierto detalle los avistamientos, siguiendo la numeración establecida en el mapa.

Puntos 1 y 2

El punto 1 del mapa fue sin ningún género de dudas el más importante por cantidad y tipo de avistamientos. Realmente, este lugar significaba ir "a tiro fijo", porque a partir de cierta hora era siempre muy fácil encontrar mapaches. Se trataba de dos basureros de gran tamaño, que los fines de semana y en temporada alta estaban llenos a reborar, por la cercanía de Arrocito, una playa muy concurrida. He rescatado una foto histórica de Google Street View (Fig. 3) que muestra el lugar en 2012, muy semejante a como yo lo recuerdo durante mis visitas.

Fue mucho tiempo el que pasé aquí, probablemente varios meses yendo casi todas las noches a ver a los mapaches. Cuando no estaban en este lugar (lo cual no siempre era coherente con el hecho de que el basurero estuviese vacío) buscaba en sitios alternativos, generalmente lugares parecidos, con papeleras o depósitos de basura. En el punto 2 del mapa, una

papelera ubicada en un gran camellón de la carretera hacia Tangolunda, tuve suerte algunas veces, aunque las condiciones de visibilidad y la dificultad de acceso al sitio, entre dos vías donde los autos pasan a alta velocidad, lo convertían en un sitio peor.

Al principio, observaba a los mapaches en la oscuridad, con grandes dificultades; era prácticamente un observador de sombras. Una noche me animé a encender por un instante las luces de mi auto, sin arrancar el motor. Un par de animales escaparon, para regresar muy poco después; otros no hicieron demasiado caso, levantaron su cabeza, miraron en mi dirección y volvieron a sumergirse en la basura. Supongo que no era el primer carro que veían y, como me pareció que no los había molestado mucho, desde ese día seguí usando las luces, lo cual representó una gran mejora en la calidad de los avistamientos.

El único cambio apreciable en su conducta era que, cuando los iluminaba, ellos levantaban su cabeza mucho más a menudo. En cierto modo, se parecía a ese juego llamado de modo un tanto cruel 'Golpea al topo' ('Whack-a-Mole'), sólo que sin martillos: los mapaches se erguían, miraban en mi dirección y se zambullían en



Figura 3. El basurero de playa Arrocito en 2012 (Fuente: Google Maps).

la basura, para volver a levantar su cabeza en otro lugar del bote de basura, todo ello a un ritmo bastante rápido. Además, como había siempre varios mapaches dentro del basurero, el movimiento era constante.

En alguna ocasión, me tocó ver al final de la jornada laboral: los mapaches acababan de alimentarse (quién sabe si más rápido de lo normal a causa de mi presencia) y emprendían el regreso a su hogar, siempre de un modo que aparentaba ser muy ordenado, en fila, como los siete enanitos de Disney, y siempre por el mismo camino, el cual, no estoy seguro de ello, tal vez fuera un desdibujado sendero entre los árboles o tal vez ni siquiera llegara a eso; alguna vez que pasé de día a “reconocer el terreno” me pareció una cuestión muy difícil de decidir. Por supuesto, se encaminaban siempre hacia el corazón del cerro, y justo en la dirección opuesta a mi auto. Sólo en una ocasión un mapache apareció fuera de esa zona.

Nunca vi peleas entre ellos, ni comportamientos que me parecieran agresivos o defensivos, ni siquiera para marcar el rango jerárquico, como sí se puede ver fácilmente con grupos de perros. Respecto a las diferencias de tamaño, sólo aprecié en algunas ocasiones una división general entre (presuntas) crías y adultos, poco más. No alcancé a ver si, por ejemplo, los ejemplares que yo consideraba adultos eran machos o hembras. Del mismo modo, he podido leer en Internet que hay mapaches que llegan a pesar hasta 28 kilos⁸; los que yo pude ver parecían todos ellos de un tamaño bastante menor, puesto que los 25 kilos suelen considerarse el límite entre

un perro mediano y un perro grande, y ninguno de los mapaches que vi se comparaba con perros medianos, sino más bien con los pequeños. Digo esto si es que tiene algún sentido comparar animales tan diferentes.

Sólo una vez me animé a bajar del auto y acercarme un poco en la dirección del basurero. No mucho, quizá lo más cerca que llegué fue hasta unos siete u ocho metros. De inmediato, todos los mapaches salieron en estampida hacia el cerro. Uno de ellos, el último en salir, se quedó un rato mirándome. Caminé un par de pasos hacia él y siguió sin moverse. Ahí pensé que tal vez estaba protegiendo la huida del resto del grupo, pero creo que no se mostró agresivo, al menos no de un modo que yo supiera interpretar (por ejemplo sacando los dientes o lanzando algún ruido de advertencia⁹); sólo me miró fijamente. Cuando di otro paso en su dirección, se echó a correr en la misma dirección que los otros. Después, estuve un rato esperando a ver si volvían, pero no regresaron, de modo que me fui a casa con la idea clara de que nunca iba a volver a espantarlos así. Debo decir también que siempre me parecieron extremadamente desconfiados y huidizos, mucho más que los tejones, a los cuales, como dije arriba, he visto en numerosas ocasiones relacionándose despreocupadamente con los humanos.

Durante esas visitas al basurero de Arrocito, tomé muchas fotografías y bastantes videos. Analizando este material audiovisual, recuerdo que me pareció haber identificado, sin mucha seguridad, a

⁸ Este es el caso del famoso Bandit, un mapache con problemas de tiroideas que llegó a pesar 75 libras (34 kilos). Hay que decir también que los mapaches de áreas meridionales suelen tener un tamaño más reducido que el de aquellos que viven más al norte.

⁹ Sé que los mapaches son capaces de emitir diversos sonidos, pero por lo que a mí respecta, siempre fueron muy silenciosos. No escuché ninguno de los sonidos que señalan Curtis & Sullivan (2001: 1) “incluyendo ladridos, silbidos, un gemido con trémolo, un churr-churr que a menudo es emitido cuando el animal se está alimentando y un grito penetrante de alarma o miedo”.

algún individuo que se repetía. Pero poco más avancé en cuanto a la identificación. En realidad, yo diría que nunca llegué a diferenciar con claridad individuos concretos que pudiera recordar o seguir de un día a otro, pese a mis constantes visitas.

Como suele suceder en este mundo tecnológico, perdí todas mis fotos y videos por no haber hecho un respaldo adecuado. Un poco a causa del enojo, y otro poco porque realmente no trataba de hacer ningún estudio, sino solamente de disfrutar de la visión de estos animales (regreso a las consideraciones estéticas de las que he hablado arriba¹⁰) decidí no volver a grabar ni a sacar fotos para centrarme únicamente en la contemplación. Tal medida, teniendo en cuenta el hecho de que haya acabado escribiendo este artículo, se ha mostrado como un grave error, porque para dicha tarea habría sido muy útil el disponer de todos esos materiales. Al mismo tiempo, la considero una buena decisión: si me hubiera preocupado por grabar, fotografiar, enfocar, etc., no habría disfrutado tanto del momento y tal vez ni siquiera hubiese llegado a escribir nada.

El basurero fue retirado de ese lugar antes de que yo me fuera de sabático, quizá en 2015, y como cabía esperar dejaron de verse mapaches por la zona. En los últimos años, han iniciado la construcción de un enorme desarrollo inmobiliario que parece ocupar todo el cerro y que muy probablemente habrá obligado a los mapaches a buscar otro lugar donde vivir, si es que han tenido suerte y no los han matado accidental (o intencionalmente) durante la obra. Arrocito es una de las zonas de Huatulco más asediadas por el turismo depredador y esto no es más que otro episodio de esa guerra que ya dura años, y que ahora, a mi juicio, ha tenido

también como víctimas a los mapaches. Compárese la ya mencionada figura 3 con la figura 4, tomada en 2021 desde más o menos el mismo lugar, para apreciar en su justa medida la horrible situación.

Puntos 3 y 4

He hablado de la presencia de los mapaches en las cercanías de los basureros, lo cual da a entender que encuentran alimentos en la basura, pero todavía no he hecho referencia a su dieta. El punto 3 del mapa me ayudará a introducir este tema, auxiliándome además de una de las observaciones más espectaculares que realicé en toda mi breve carrera de buscador de mapaches. En dicho punto, situado en plena zona urbana de La Crucecita, en la confluencia de dos avenidas no demasiado transitadas, pude ver a un mapache arrastrando hacia un terreno baldío a un garrobo (*Ctenosaura pectinata*) aparentemente muerto o inconsciente. Aunque todo fue muy rápido, me pareció ver que el mapache caminaba hacia atrás, arrastrando al garrobo como si fuese una persona que agarraba a otra del cuello. Una posición totalmente de lucha libre o de jiu jitsu. El mapache hizo contacto visual conmigo durante un fugaz instante, y rápidamente se perdió con su presa entre la vegetación.

Hasta ese momento, pensaba que su dieta era principalmente vegetariana, y en caso de ser carnívora, me los imaginaba comiendo ratones o culebras pequeñas. No tenía idea de que pudieran comer animales tan grandes: la iguana parecía casi de su mismo tamaño.

Curtis & Sullivan (2001) dicen al respecto que “los mapaches son omnívoros y comen una variedad de alimentos, incluyendo frutas, bayas, nueces, bellotas,

¹⁰ Siguen siendo estéticas, pero evidentemente, ya no mediadas por un zoológico. No recuerdo la última vez que visité uno, es probable que haya sido hace unos treinta años, quizá más.



Figura 4. Obras en la antigua ubicación del basurero de Arrocito, 25 de abril 2021.

maíz, melones, hierba, hojas, caracoles, lombrices de tierra, insectos, cangrejos de río, almejas, ranas, peces, tortugas, ratones, carroña y los huevos y crías de aves o reptiles”. Bluett & Craven (1999) añaden a esta lista “semillas, insectos, pescados [...] mamíferos (especialmente los jóvenes) [...] y basura”. Si bien no he podido encontrar ningún artículo que se dedique específicamente al tema, con base en mis observaciones, yo me atrevería a incluir a los garrobos en esta lista. En realidad, “porque comen casi todo lo imaginable, los mapaches prácticamente nunca están en riesgo de morir de hambre, especialmente en [un] clima templado” (Kern 2012: 4). Una buena razón, además, para jamás darles de comer.

El punto 4, muy cercano al anterior, debe entenderse no tanto como una localización concreta, sino como un marcador de diversas observaciones realizadas cerca del mismo, pues en sus alrededores pude ver en varias ocasiones a grupos de mapaches cruzando del terreno baldío donde se escondió el mapache cazador del que

acabo de hablar hacia el estacionamiento de una tienda de electrodomésticos, desde donde tienen relativamente fácil acceder a un cerro, gran parte del cual se hallaba despoblado por las fechas de los avistamientos (2014-2015) y que todavía sigue estando poco invadido por las construcciones. Al menos dos avistamientos lo fueron de “familias” o grupos con cuatro o cinco ejemplares más grandes y varios de menor tamaño, cruzando la carretera al trote y en fila de a uno. El modo en que cruzan parece constatar que se trata de animales muy inteligentes y, quizá por ello mismo, extremadamente recelosos. Todo el tiempo vuelven la cabeza atrás para vigilar, acelerando la marcha cuando, diríamos en lenguaje humano, “se sienten observados”. Sólo en una ocasión vi a un mapache cruzando la carretera en solitario. A juzgar por éstas y otras observaciones, yo habría dicho que son animales muy sociables, porque casi siempre los he visto en grupo. Sin embargo, después leí que se les consideraba solitarios y éste fue un dato que me sorprendió bastante. Hirsch

et al. (2013), estudiando la conectividad de poblaciones de mapaches con miras a calcular la velocidad de propagación de patógenos en las mismas, afirman que son más sociables de lo que previamente se pensaba. En este punto, a pesar de no ser ni mucho menos un experto, diría que mis observaciones tienden a coincidir con esta afirmación. A su vez, Prange *et al.* (2011: 1340) señalan que los mapaches protagonistas de su estudio “parecían vivir en una sociedad de fisión-fusión formada por relaciones [“*acquaintances*”] casuales de corto plazo y un número menor de asociaciones positivas de largo plazo”. Se trata, además, de la llamada ‘fisión-fusión basada en el individuo’, en la cual los individuos generalmente tienen una vida solitaria y “las unidades sociales sólo pueden reconocerse mediante el análisis de los patrones de asociación” (Prange *et al.* 2011: 1340). Dado que, además, según he podido leer, las hembras son menos sociables que los machos, es probable que los grupos que he visto hasta ahora hayan sido grupos de machos y los individuos solitarios hembras, pero es algo que obviamente no puedo confirmar.

Punto 5

Cerraré aquí mi exposición de los avistamientos realizados durante los años 2013 a 2015, con uno que en el momento me impresionó mucho. Fue una vista muy rápida: yo iba en mi carro en dirección a playa La Entrega y vi a un mapache subir a toda velocidad por una de las paredes que flanquean la carretera, casi como si saltase verticalmente por las rocas. Fue una verdadera toma de película de acción que, como decía, en el momento me impresionó mucho. Desconocía la gran habilidad para escalar que tienen los mapaches, capaces de subirse a árboles de gran altura e incluso de descenderlos cabeza abajo,

para lo cual giran 180 grados sus patas traseras (Norris & Sells 2004: 4), y que también resisten caídas desde 35 pies (10.7 m) de alto.

Me enteré de todas estas cosas más tarde, confirmando que la escalada que había visto era algo bastante normal para estos animales. Creo que también contribuyó a normalizar la situación el haber visto en diversas ocasiones a un grupo de perros callejeros que vive cerca de mi casa subir por lugares aparentemente imposibles. Pero en el momento me sorprendió mucho. Recuerdo haber pensado un tanto despreocupadamente (o sea, a botepronto, sin que me pusiera a elaborar sesudas disquisiciones al respecto) que, en una situación hollywoodense en la cual los humanos nos extinguiéramos de modo repentino, los mapaches serían la especie dominante. Al menos, tal podría ser el resultado en Huatulco, donde no hay simios que pudieran hacerle la competencia, y tampoco demasiados depredadores en los niveles superiores de la cadena trófica capaces de poner en peligro a este inteligente mesopredador.

Como señalé arriba, desde que quitaron los basureros ubicados en el aparcamiento de la playa Arroquito, las cosas ya no fueron tan fáciles. Poco después, a causa de ciertas situaciones personales, no me fue posible salir de noche tan a menudo. Y en febrero de 2016 inicié un periodo sabático que me tuvo fuera de Huatulco por un año y medio. Los puntos del mapa que trataré a continuación se corresponden con avistamientos posteriores a mi regreso en agosto de 2017.

Puntos 6 y 7

Después de mi regreso, muchos fines de semana, más o menos al ponerse el sol, daba paseos caninos por el aparcamiento

de la playa Chahué y el andador adyacente, que desemboca en una zona en la cual hay un hotel, bares y una discoteca. Ésta tiene en su exterior, como adorno o reclamo, un autobús viejo de color amarillo y lleno de macetas con plantas. Paseando por allí un domingo a principios de 2020, me pareció ver cómo una figura familiar salía de debajo del autobús y se metía rápidamente en la vegetación de un terreno ubicado justo enfrente de la discoteca (punto 6). Me había parecido un ejemplar muy pequeño (probablemente un cachorro). La avalancha de ladridos alertó a unos elementos de seguridad de la discoteca, quienes se pusieron a platicar animadamente. Según dijeron, había toda una familia en ese terreno. Incluso sacaron una pequeña linterna e iluminaron el área. Poco más tarde, todos vimos la cabeza de un mapache (de mayor tamaño que el anterior) salir de la vegetación para echarnos una ojeada y rápidamente volver a esconderse.

Desde el punto de vista de los mapaches, aquel lugar era muy bueno. Uno podía imaginarlos fácilmente rebuscando entre las papeleras o las bolsas de basura, o comiéndose las sobras de las personas que fueron a tomarse un taco por las inmediaciones de la discoteca, etc. Sin duda, en alguna ocasión habrían acabado como protagonistas involuntarios de alguna fotografía que alguien subió a sus redes sociales. Pero, a pesar del posible susto causado por los flashes no deseados, este lugar tenía realmente muchas ventajas para un grupo de mapaches. Otro ejemplo, sin duda, de su enorme capacidad de adaptación a la presencia humana y los entornos urbanos.

Un par de meses después, encontré un mapache en pleno camellón del Boulevard Benito Juárez, bastante cerca de la discoteca (punto 7). El animalito iba a cruzar

y yo pasaba a velocidad media; frené en seco al verlo tan cerca, pero él también se quedó paralizado al borde del camellón, sin saltar a la carretera. En un primer momento, lo que más me llamó la atención fueron sus reflejos, porque su reacción fue realmente rápida, ayuda a entender por qué nunca he visto un mapache atropellado; un poco más tarde, me acordé de la familia de mapaches que vivía frente a la discoteca y supuse que éste sería uno de sus miembros.

Puntos 8, 9 y 10

Estos puntos pueden tratarse en conjunto, ya que todos ellos se ubican en la misma zona, concretamente los alrededores del acceso a la playa El Tejón. Esta zona residencial solía estar cerrada al público con una pluma durante mi época más "mapachera", cuando pasaba las noches buscando a estos animales, pero ahora se ha abierto y es una de las áreas más propicias. Durante la redacción de este artículo recuperé el hábito de dar una vuelta casi todas las noches en busca de mapaches. Por motivos personales, ya no puedo dedicarle tanto tiempo a esta actividad, pero sí estoy volviendo a andar con la antena más sintonizada en esa vieja frecuencia. Evidentemente, esto ha generado una serie de avistamientos, cuya nueva "zona cero" es el basurero ubicado en la entrada de la trocha que lleva a la playa antes mencionada (punto 8).

A menudo, este lugar se encuentra vigilado por un carro de la policía, lo cual seguramente molesta a los mapaches, pero también resulta algo incómodo para quien quiera quedarse a observarlos. Es probable que tal inconveniente se solucionase pasando por allí un poco más tarde, aunque de todos modos en ese lugar ya he podido ver en bastantes ocasiones a

grupos de mapaches alimentándose en el basurero (de un modo parecido a los de Arrocito, aunque éstos me han parecido en general más huidizos) y también a un grupo caminando en fila de a uno hacia el mismo. En este mismo lugar, el día 3 de abril de 2021, pude ver algo inédito en todos mis tiempos de observación: un mapache y un tejón alimentándose en el mismo contenedor de basura. Cuando pasé por primera vez con el carro, había dos mapaches, uno de ellos se escurrió a toda velocidad hacia el camino que lleva a la playa, mientras que el otro volvió a sumergirse dentro del contenedor. Al regresar unos minutos después, vi (creo) al mismo mapache que se había quedado en el basurero, y junto a él un tejón que enseguida saltó del interior al borde del mismo. El mapache salió y se quedó quieto a un lado del contenedor, casi invisible en la oscuridad de su sombra, mientras que el tejón estuvo un buen rato encima, como equilibrista, antes de saltar al camino por el cual había huido el primer mapache.

Adicionalmente a los mencionados avistamientos en la nueva "zona cero", en el punto 9 pude ver a otro grupo cruzar la carretera y perderse en la selva, y en el punto 10 el pasado 12 de abril de 2021 estuve como cinco minutos observando a un mapache que bauticé en mi mente como 'el indeciso', pues estuvo caminando adelante y atrás y en un par de ocasiones se metió en la selva para volver a salir, como si no tuviera claro lo que quería hacer. Generalmente, toda esta zona es un lugar con grandes posibilidades para ver mapaches, y merece la pena volver a visitarla con regularidad.

Punto 11

Quiero cerrar mi exposición autoetnográfica con el que quizás fue el episodio más

triste o más extraño de mis observaciones y encuentros con los mapaches. Un día de finales de 2018 o principios de 2019, poco antes de las seis de la mañana, estaba paseando con mi perro por las cercanías de nuestra vivienda. En el lugar señalado en el mapa, un aparcamiento que suele estar vacío casi todo el año, excepto en los momentos con más afluencia turística de la temporada alta, se encontraba un mapache entre sentado y parado. En el mismo momento en que lo vio, mi perro, bastante agresivo con otros animales, se lanzó hacia él, tensando la correa. El mapache no hizo movimiento alguno, simplemente se nos quedó mirando, o eso es lo que me pareció, ya que la luz era débil. Este tirante equilibrio se mantuvo durante poco más de un minuto, hasta que comencé a caminar en otra dirección, alejándonos, pero sin dejar de observarlo. El animalito permaneció un buen rato estático en su lugar, hasta que se echó a caminar, muy lento, en dirección a un terreno lleno de vegetación que por entonces había frente al aparcamiento (y donde en la actualidad, hablando de ese acoso constante a los espacios naturales, se está construyendo un hotel).

Su forma de andar me llamó la atención, ya que era mucho menos ágil que cualquier otro mapache con el que me hubiese encontrado hasta entonces. No había apreciado heridas, pero la iluminación, como digo, era muy escasa. Pensé que tal vez estaba enfermo. Pero nunca lo volví a encontrar: por un tiempo, dejé comida alrededor del último lugar donde lo había visto, pensando que si estaba herido o enfermo le vendría bien tener un poco de comida a mano, fácil de conseguir¹¹. La comida nunca estaba al día siguiente, aunque en esa zona hay siempre mucha fauna, desde zanates y chachalacas hasta ardillas e incluso armadillos, y sobre todo muchos gatos y perros callejeros, de modo

que es altamente probable que el mapache nunca llegase a probarla.

Ignoro qué sucedió en este caso; alguna persona experta en Biología sabría interpretar correctamente lo acaecido, pero yo no entendí muy bien lo que le pasaba a este mapache. Desde luego, el animalito no estaba "al cien por cien". Esto me hace pensar en todas las enfermedades que le aquejan, un aspecto hoy por hoy mucho más importante para su supervivencia individual que, por ejemplo, sus depredadores naturales¹². En efecto, los mapaches son susceptibles de diversos padecimientos, entre los más graves el moquillo, la rabia y la infección por el nematodo *Baylisascaris procyonis*. No entraré en detalles acerca de tales enfermedades, sólo diré que las tres son potencialmente mortales, y que las dos últimas se transmiten a los humanos. La rabia y sus terribles efectos son muy conocidos, mientras que, acerca de *B. procyonis*, basta con decir es uno de los pocos parásitos con potencial para convertirse en arma biológica (Menghi 2008).

Aquellos mapaches que son afectados por el moquillo suelen mostrar una conducta un tanto letárgica, mientras que los afectados por la rabia se comportan de modo agresivo. *Baylisascaris*, a su vez, produce graves alteraciones neurológicas: ataxia, parálisis, etc. Obviamente, no tengo manera de diferenciar los síntomas de estas enfermedades, o de diferenciarlos de aquéllos mostrados por un mapache

que, por así decir, haya comido algo que no le sentó bien o simplemente que tenga un mal día... Lo que sí debo subrayar es que todos los mapaches que he visto, con excepción del último, eran muy ágiles, muy activos y parecían hallarse en muy buena forma, nada que ver con este animalito aparentemente enfermo, herido o con algún otro problema a cuestas.

Curtis & Sullivan (2001: 3) recomiendan que se evite "a los animales que actúan extraño, en especial a aquellos que sean inusualmente dóciles, agresivos o estén paralizados. Sospeche de la actividad diurna de los mapaches, que normalmente son más activos de noche". De acuerdo con estas recomendaciones, está claro que el mapache del punto 11 era realmente sospechoso. De todos modos, también debe tenerse cuenta que, a juicio de Kern (2012), ver un mapache al amanecer, o incluso en pleno día, no significa necesariamente que el animal esté rabioso o enfermo, sino que se relaciona con su gran capacidad de adaptación. Por ejemplo, dice, a veces es posible encontrarlos buscando comida en los vecindarios suburbanos durante el mediodía, sencillamente porque es el momento más tranquilo para hacerlo, dado que las personas suelen estar fuera de casa (y los perros encerrados dentro de la misma).

Durante toda esta exposición, he tratado de hacer referencia a factores más allá de lo autobiográfico; factores, pues,

¹¹ Fue la única vez que traté de alimentar a un mapache. En este caso, me pareció una acción justificada, debido a que había visto que el animalito estaba bastante estropeado. Sin embargo, soy consciente de que no se debe alimentar a los mapaches y a ningún otro animal salvaje, en primer lugar porque, al hacerlo, los animales pierden el (muy razonable) temor que tienen a los humanos, y esto puede resultar peligroso para ellos. Pero también debido a otros motivos: Kern (2012), por ejemplo, explica que si se le da de comer a los mapaches, éstos suelen aumentar su densidad de población por encima de la capacidad de sustentación que provee su hábitat, pero a medida que se produce dicho incremento, comienzan a aparecer problemas como invasiones a propiedades humanas o cuestiones de salud. En estas condiciones, los mapaches son vulnerables ante epizootias que pueden transmitirse a las mascotas o a los propios animales humanos, un peligro mayor cuanto más cercana sea la convivencia.

¹² Los mapaches tienen algunos depredadores naturales, como el coyote, el lince y el búho, aunque éstos en la actualidad no representan un riesgo excesivo; como ya se ha dicho, es probable que los automóviles sean enemigos mucho más peligrosos (Kern 2012).

que deben estar presentes al hacer autoetnografía. Es hora de iniciar el último apartado de este artículo, en el cual trataremos de poner lo dicho bajo la óptica de la ética ambiental, lo cual, a mi juicio, servirá para completar el círculo del sentido de este texto.

Reflexiones finales

Si la ética ambiental es el análisis de la relación entre los humanos y el medio ambiente, tal como es definida por algunos estudiosos del tema, está claro que la pasada exposición de mis relaciones con los mapaches puede servir para iniciar una discusión ética, de modo fiel tanto a la vocación de la autoetnografía como a (una versión ligeramente modificada de) el experimentalismo de Appiah (2008).

Para iniciar tal discusión, quisiera subrayar algo que sin duda se desprende de todo lo dicho. Mientras que, cuando niño, mi apreciación de los mapaches era puramente estética (no uso esta palabra en sentido técnico), luego de tanto tiempo de búsquedas y avistamientos, si bien esa consideración nunca se perdió del todo, he sido capaz de apreciarlos de manera más completa y madura. Sería muy raro que fuese de otro modo, cuando entre las primeras y las últimas veces que los vi median alrededor de cuarenta años. También sería raro, dado que mis investigaciones se han enfocado desde hace bastante tiempo en la ética aplicada, en concreto temas relacionados con la ética ambiental, que tales intereses teóricos no hubiesen ejercido influencia. Sin embargo, hay algo que no he contado en la pasada exposición.

Por razones que no vienen al caso,

dediqué un escrito al tlacuache (*Didelphis marsupialis*, *Didelphis virginiana*), un animal que también es muy común en el área donde vivo. Considerado por muchos un "fósil viviente", el tlacuache es fascinante en diversos sentidos¹³; sin embargo, hay mucha gente que los odia, y una de las razones que suelen ser esgrimidas es su presunto parecido con las ratas. Esto hace que automáticamente se les considere como una plaga, como animales dañinos para la agricultura, transmisores de enfermedades e incluso agresivos, cuando prácticamente nada de esto sea cierto. El resultado de esta forma de percibirlos (entre otros factores) es que algunos animales humanos acaban ejerciendo una extrema violencia contra los tlacuaches, torturándolos y asesinandolos sin piedad.

Más o menos, y saltándome algunas sutilezas, lo plantearé así: al tlacuache se le odia por su aspecto, casi se podría decir que mucha gente lo odia por feo. El caso del mapache es prácticamente el opuesto: aunque quizá tenga más credenciales para ser considerado una plaga, se le quiere por estar bonito. Esta contraposición entre ambos animales ha estado enturbiando toda la escritura de esta autoetnografía. Debo decir también que se trata de una contraposición todo menos casual; ambos animales están muy relacionados en cuanto comparten una enorme área de distribución, e incluso aparecen juntos en narraciones como la recogida por Holmgren (1990) en la mitología siux, que los muestra como competidores a la hora de cazar.

Por supuesto, la gente que tiene problemas con los mapaches sí que los considera una plaga. Pero, en general, parece que se suele tomar mucho más en cuenta que es

¹³ El tlacuache es el único marsupial que existe en México, también resulta inmune al veneno de muchas serpientes y goza de un enorme protagonismo en la mitología mesoamericana; además, posee un pulgar oponible en sus patas traseras, fue uno de los primeros animales en viajar de América a Europa tras la llegada de Colón y muestra comportamientos tan carismáticos como el famoso "hacerse el muerto".

un animal hermoso (una de las más destacadas "especies para poster") y además, usando la terminología rortiana, que posee numerosos rasgos "humanoides", todo lo cual lo vuelve más carismático, haciendo mucho más probable, por ejemplo, que se les incluyese en un programa de conservación en caso de ser necesario¹⁴, o que la gente preste mayor atención a las campañas de mercadotecnia social destinadas a favorecerlo. Así, sería probable que una campaña para defender a los mapaches recibiese más apoyo que otra en defensa de los tlacuaches¹⁵. Pero hay animales que lo tendrían peor: algunos por ser juzgados como feos y otros, dicho de forma muy simple, por ser prácticamente invisibles para la mayoría de los animales humanos.

Resulta útil en este punto acercarse a la teoría moral sentimentalista del ya mencionado Richard Rorty (2000ab) quien, en diversos textos, propone una atractiva versión de la conocida idea, de impronta darwiniana, del "círculo de las lealtades morales". Resumiendo mucho la argumentación de Rorty: la manera de conseguir que el mundo sea un lugar mejor es hacer que la gente amplíe tal círculo, es decir, que se preocupe cada vez más por aquellas personas que no son sus seres queridos. Esta preocupación puede extenderse desde luego a miembros de grupos humanos muy diferentes o alejados del propio, pero también a los animales no humanos e incluso a ecosistemas o al planeta considerado como un todo.

Se trata de una idea conocida de antiguo, pero la novedad más interesante que le aporta Rorty tiene que ver con los mecanismos capaces de expandir el círculo, pues,

en lugar de apostar por la filosofía o las leyes (mecanismos que podrían considerarse "rationales"), este autor apuesta por una educación de los sentimientos llevada a cabo por la "literatura", en un concepto ampliado de ésta que abarca, además de la literatura propiamente dicha, muchos otros ámbitos de la cultura, como el cine o el periodismo. De este modo, cualquier obra (documental, novela, cuadro, campaña publicitaria, etc.) que sea capaz de mover nuestros sentimientos puede hacer que nos impliquemos moralmente, encaminándonos así hacia lo que Rorty denomina "progreso moral".

A primera vista, parece claro que cuanto más carismática y "humanoide" sea la especie en cuestión, más fácil será conseguir movilizar los sentimientos de la gente en este proceso señalado por Rorty. En ese sentido, como ya decíamos, los mapaches tienen una clara ventaja sobre otras muchas especies. Con respecto a algunos animales "feos", la situación puede no ser tan negativa: el desmán de los Pirineos (*Galemys pyrenaicus*) o el pez borrón (*Psychrolutes marcidus*) suelen ser incluidos en esas listas un tanto jocosas que a veces se hacen de los animales más feos, y cualquier persona experta en mercadotecnia sabe la relevancia de aparecer como "el más" lo que sea... En esos casos, siempre existe la posibilidad de ejercer acciones eficaces a través de la creación de una narrativa adecuada. Más difícil parecen tenerlo aquellos animales que podríamos denominar "no significantes", por hallarse virtualmente fuera del radar humano. En este caso, desde una perspectiva rortiana, resulta todavía

¹⁴ Hoy por hoy, los mapaches son considerados por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza como "de preocupación menor".

¹⁵ Alvarado & Gutiérrez (2013) señalan que en Japón fue necesaria una campaña educativa y de información para cambiar la percepción del público acerca de la aplicación de la eutanasia a los mapaches, lo cual muestra una situación radicalmente opuesta a la del tlacuache, animal al que usualmente se mata a machetazos, se le tira en una bolsa al medio del tráfico o se le amarra para dejarlo morir de hambre.

más necesaria la elaboración de narrativas capaces de hacer que la gente repare en su existencia, comprenda su relevancia ambiental e incluso "se ponga en sus zapatos" de forma emocional, si ello es posible.

Hablar de los mapaches nos ha conducido a la idea de que el sol puede brillar para todos los animales, incluso los menos significativos para la percepción del común de los humanos. Aunque, por supuesto, habría que discutir mucho más (por ejemplo, acerca de la relación entre la ética ambiental y la estética a un nivel más general), ésta puede ser una de las principales conclusiones del presente texto. De todos modos, también debe decirse que, por más que algunas características del mapache puedan darle cierta ventaja de cara al señalado proceso de ampliación del círculo, esto no quiere decir que efectivamente lo tenga fácil. De entrada, hay un fuerte problema de convivencia en aquellos lugares donde el mapache es una especie invasora, un problema, además, causado en última instancia por los animales humanos que la introdujeron en dichos lugares y que nos lleva a reflexionar sobre diversos aspectos de la responsabilidad.

Más allá de esto, cabe señalar también que, en el mundo de hoy, muy pocos animales lo tienen fácil, de modo que ampliar el círculo de nuestras lealtades morales hasta que llegue a abarcarlos es una tarea que sigue requiriendo de grandes esfuerzos a todos los niveles de actuación. Esta autoetnografía ha querido contribuir mínimamente a semejante tarea.

Agradecimientos

A María Angélica Piñón González, por compartir sus videos e imágenes para este artículo.

Referencias

- Alvarado Barboza, G. & G. Gutiérrez Espeleta. 2013.** Conviviendo con los mapaches: del conflicto a la coexistencia. *Biocenosis* 27 (1-2): 77-84.
- Appiah, K.A. 2008.** *Experiments in Ethics*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 288 pp.
- Beaty de Farris, K., P. García-Sánchez, R. García-Sánchez, J. Ojeda Sánchez, A. San Pablo, A. Santiago. 2012.** *Diccionario básico del mixteco de Yosondúa*, Oaxaca. Instituto Lingüístico de Verano, México, 171 pp.
- Bluett, R. & S. Craven. 1999.** The Raccoon (*Procyon lotor*). Division of Cooperative Extension of the University of Wisconsin. Consultado el 6 de marzo de 2021: <https://erc.cals.wisc.edu/woodlandinfo/files/2017/09/G3304.pdf>
- Castro, C.A. 1962.** Metáfora de la mano: el mapache. *La Palabra y el Hombre* 22: 207-214.
- CONANP-Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas. 2003.** Programa de manejo del Parque Nacional Huatulco. Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, México, 206 pp.
- Curtis, P.D. & K.L. Sullivan. 2001.** Raccoons. *Wildlife Damage Management Fact Sheet Series*, Cornell Cooperative Extension, Cornell University. Ithaca, Nueva York. Consultado el 21 de febrero de 2021: https://www.academia.edu/16799176/Wildlife_Damage_Management_Fact_Sheet_Series
- Dewey, R.A. 2018.** *Psychology: An Introduction*. Consultado del 13 de febrero de 2021: <https://www.psywww.com/intropsych/>
- Ellis, C. 2008.** Autoethnography. Pp: 48-51 In: Given, L.M. (ed.), *The SAGE Encyclopedia of Qualitative Research Methods*, vol. 1. SAGE, Thousand Oaks, California.
- Fix, A.J., H. Burnam & R. Gutteriez. 2019.** Toward Interspecies Thinking as a Collaborative Concept: Autoethnographies at the Intersection of Traditional Ecological Knowledge and Animal Studies. *Humanimalia* 10(2). Consultado el 7 de marzo de 2021: <https://www.depauw.edu/site/humanimalia/issue%2020/fix%20et%20al.html>
- Ferrero, B. 2019.** El mapache: listo, simpático y muy depredador. *El País*, 14 de febrero.
- García, J.T., García, F.J., Alda, F., González, J.L., Aramburu, M.J., Cortés, Y., Prieto, B., Pliego, B., Pérez, M., Herrera, J. & L. García-Roma. 2012.** Recent invasion and status of the raccoon (*Procyon lotor*) in Spain. *Biological Invasions* 14(7):

1305-1310.

- García Frazier, E. 2006.** Préstamos del náhuatl al español mexicano. *Hesperia. Anuario de filología hispánica*, 9: 75-86.
- Gehrt, S.D., Hubert, G.F. Jr. & J.A. Ellis. 2002.** Long-Term Population Trends of Raccoons in Illinois. *Wildlife Society Bulletin* 30(2): 457-463.
- Hirsch, B.T., Prange, S., Hauver, S.A. & S.D. Gehrt. 2013.** Raccoon Social Networks and the Potential for Disease Transmission. *PLoS ONE* 8(10): e75830. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0075830>
- Holmgren, V.C. 1990.** Raccoons in folklore, history & today's backyards. Capra Press, Santa Barbara, California, 174 pp.
- Jamieson Capen, C. 1996.** Diccionario mazateco de Chiquihuitlán, Oaxaca. Instituto Lingüístico de Verano, México, 322 pp.
- Kern, W.H. Jr. 2012.** Northern raccoon. University of Florida IFAS Extension. Consultado el 15 de marzo de 2021: <https://edis.ifas.ufl.edu/uw033>
- Lanka, S.V. 2018.** An ecological auto ethnography of a Monarch Butterfly. Pp: 324-334 In: Atkins, J. & Atkins, B. (eds.), *Around the World in 80 Species: Exploring the Business of Extinction*. Routledge, Londres.
- Long C., R. & S. Cruz M. 2000.** Diccionario zapoteco de San Bartolomé Zoogocho, Oaxaca. Instituto Lingüístico de Verano, México, 531 pp.
- Manning, J. & T.E. Adams. 2015.** Popular Culture Studies and Autoethnography: An Essay on Method. *The Popular Culture Studies Journal* 3(1&2): 187-222.
- Menghi, C.I. 2008.** Parásitos bioterroristas: el ejército subestimado. *Revista Argentina de Microbiología* 40(4): 191-192.
- O' Connor, L. 2014.** Chontal de San Pedro Huamelula, Sierra baja de Oaxaca. *El Colegio de México*, México, 202 pp.
- Pickett, V. 2013.** Vocabulario zapoteco del Istmo. Zapoteco-español y español-zapoteco. 5a ed. Instituto Lingüístico de Verano, México, 129 pp.
- Prange, S., Gehrt, S.D. & S. Hauver. 2011.** Frequency and duration of contacts between free-ranging raccoons: uncovering a hidden social system. *Journal of Mammalogy*, 92(6):1331-1342.
- Pride, K. & L. Pride. 2010.** Diccionario chatino de la Zona Alta. Panixtlahuaca, Oaxaca y otros pueblos. 2ª edición. Instituto Lingüístico de Verano, México, 483 pp.
- Rorty, R. 2000a.** La justicia como una lealtad más amplia. Pp: 225-247 In: Rorty, R., *El pragmatismo, una versión. Antiautoritarismo en epistemología y ética*. Ariel, Barcelona.
- Rorty, R. 2000b.** Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo. Pp: 219-242 In: Rorty, R., *Verdad y progreso. Escritos filosóficos 3*. Paidós, Barcelona.
- Rorty, R. 1979.** *Philosophy and the Mirror of Nature*. Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 401 pp.
- Sahagún, B. de. 1981.** El México antiguo. Selección y reordenación de la Historia general de las cosas de la nueva España de fray Bernardino de Sahagún y de los informantes indígenas. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 429 pp.
- Salgado, I. 2018.** Is the raccoon (*Procyon lotor*) out of control in Europe? *Biodiversity and Conservation* 27: 2243-2256.
- Stairs Kreger, G.A. & E.F. Scharfe de Stairs. 1981.** Diccionario huave de San Mateo del Mar. Instituto Lingüístico de Verano, México, 424 pp.
- Stewart, C. & R.D. Stewart. 2000.** Diccionario amuzgo de San Pedro Amuzgos, Oaxaca. Instituto Lingüístico de Verano, México, 501 pp.
- Tafalla, M. 2013.** La apreciación estética de los animales. Consideraciones estéticas y éticas. *Revista de Bioética y Derecho* 28: 72-90.
- Windhorst, E. 2016.** Re-membering Ecological Self: A Personal Narrative Autoethnography. *Ecopyschology* 8(4): 264-270.
- Zeveloff, S.I. 2002.** *Raccoons: A Natural History*. UBC Press, Vancouver y Toronto.